

NUNCA NO

ANTOLOGÍA DE POESÍA ARGENTINA ACTUAL

MARTA ORTIZ CANSECO y MARÍA SALGADO

[En *Revista de Erudición y Crítica (REC)*, nº3 (junio-septiembre 2007), Castalia; pp. 57-84]

Es proverbial comenzar los prólogos a cualquier antología excusándose por los ausentes y negando *la verdad* de los presentes. Casi ninguna selección pretende, o dice pretender, cerrar el campo, estatificar los resultados. Solo unas pocas a lo largo de la historia crearon las odiadas/amadas *generaciones*; casi todas las demás lo que quisieron fue mostrar un punto. Un punto móvil, una fuga. No es distinto nuestro caso. Es más, nuestro caso es paradigma de la imposibilidad del cierre. Deseábamos recoger para la *REC* una muestra interesante de poéticas del lado de Argentina. Para comenzar la búsqueda utilizamos las marcas que Guillermo Roz trazó en su artículo y, sobre todo, la ayuda inestimable de Edgar Dobry y de Romina Freschi. Con el directorio listo, las pesquisas se iniciaron. Los autores presentes son los doce que respondieron a nuestros ruegos; son al menos doce de veintidós autores invitados; son solo doce poetas robados a los cientos de poetas ausentes. Ninguna *verdad* hay en su selección. Y sin embargo, ellos han de ser el punto de fuga al que nos agarremos en la lectura.

La lectura resultó, cuando menos, vértigo. Las poéticas que aquí exponemos, con sus diversos rangos de edad, geografía, peso, altura, aceleran los conflictos poéticos contemporáneos: la muerte de la poesía *bella y trascendental*¹, ninguna distinción entre el lenguaje coloquial y el culto, entre la cultura de masas y la alta cultura; imaginarios sucios; relectura de vanguardias; relectura de todo y, ante todo, práctica exagerada. Porque las poéticas que aquí se atisban tienen como denominador común el ejercicio, la musculatura. No se trata de esquemas completos, ni siquiera de estéticas del todo durables. Nosotras las leímos como trabajos constantes acerca del presente. Dinámicas que no se detienen y que, por ello, persisten. En este sentido, sería absurdo que nuestra lectura diera paso a un sesudo juicio valorativo. Preferimos, mejor, la sorpresa de lo ajeno, la velocidad de una lengua en tránsito de exploración. Las notas que podríamos escribir ahora son solo de praxis, nunca de teoría. Y como praxis queremos ofrecer estos poemas al lector ajeno a ellos: como experimento de literatura que crea idioma contra, sobre y a través del idioma. Es también nuestra forma de poner sobre la mesa la frontera de un océano, con la inquietud y el extrañamiento que conlleva irse al lado de allá a través de versos como los que ahora presentamos.

La extensión de la antología ha de ser mínima, pero esperemos baste para lograr sus mínimas señas de identidad, a saber, unas antólogas que quieren borrarse, unos inéditos que quieren aparecer, un emblema accidentalmente posible para este texto, que encontramos en un fragmento de *Crin*, poemario de Gabriela Bejerman: «house / of poesía / nunca / no». Aquí la antología *nunca no* dogmática, sólo un paisaje extraño, una propuesta. Aquí la poesía sin casa en el canon, a la intemperie.

¹ Edgardo Dobry desarrolla este concepto de manera brillante en su epílogo a *ZurDos. Última poesía latinoamericana* (Madrid: Bartleby, 2005; p. 337): «la poesía “bella” ha desaparecido del mapa, salvo como ese lugar de silencio, de negatividad en que la belleza ya no existe pero persiste su exigencia».

ROMINA FRESCHI (Buenos Aires, 1974)

Publicó los libros *redondel* (Siesta, 1998 y 2003), *Estremezcales* (Tsé-tsé, 2000), *Petróleo* (Eloísa, 2002) *Villa Ventana* (Arte plegable, 2003, con ilustraciones de Fernando Fazzolari), *El-Pe-yO* (Paradiso, 2003) y la plaqueta *3/3/3* (Proveedora de droga, 2005). Participó, entre otras, de la antología *ZurDos. Última poesía latinoamericana* (Madrid: Bartleby, 2005). Dirige la revista *Plebella*.

Trafalgar

(*t r a f i c a r .*
c a b a l g a r
t r a b a j a r)

*

ver cómo se escapa el agua entre las manos
una imagen común
un castillo de arena
es arena
puede ser lo quieras
¿por qué no un castillo
de arena?

querer
llegar
al fondo
al final
y hacerlo todo de nuevo
el castillo más brillante
que sea de arena
y parezca de cristal
y que alguien me diga
es solamente arena
que miente como el cristal
tener cristal de la nada
y un castillo a la intemperie
precioso
brillante
gratis

*

Soy una minoría
y recién ahora lo comprendo
he dejado tanto y tan poco
atrás
debí de haber tomado muchas decisiones
antes

me pregunto
si yo hubiera sabido que
siempre lo supe
supeditada
me enfrento
“mirar a los ojos”
si yo hubiera sabido
que era una minoría
hubiera actuado como tal
y así actué
no lo sabía y
actuaba como una minoría
Universal seguía
yo misma una minoría
minoría universal, pensaba
y escribía
nadie sintió lo que yo
nadie escribió lo que yo
y entonces
todos podrán sentirlo
quizás escribirlo
pero
soy una minoría
no importa lo que yo diga¹
no hay yo universal
que yo pueda enunciar
yo parcelario
preconcebido
desde adentro
/¡florece!/
por fuera
soy una minoría
menos que un político
o un piquetero
o una mujer
ahora que soy una minoría
y que sé que soy una minoría
y que era una minoría
y que ahora siempre fui una minoría
no sé qué hacer
-realmente-
es algo que me sorprende

¹ Es un yo poético: femenino. Hay marcas de género en el texto, y claro, la firma. Mi cuerpo, mi voz, mi cara de nena, son, además, elementos ineludibles.

¿yo, una minoría???
¿yo?
¿seguro que yo?
tiene que haber una confusión
yo
soy apolítica
yo
soy democrática
yo
soy divina!
¡soy una minoría!
y no sé qué hacer
[“...nada había ya de lo que hubo, *había una bahía*”]²
en un abrir y cerrar de ojos
la a de la bahía
ya no me representa
no importa si he leído
toda la literatura
en una bahía
soy una minoría
y como tal me tengo que quejar²
de que toda la literatura
quepa en una minoría
digo, bahía
una bahía infinita
única y universal
brillante, ideal
en la que todo lo que yo diga
es efectivamente una bahía
es efectivamente literatura
es efectivamente yo.³

[inédito]

² Roberto Echavarren, «Ombligo», *Antología Zapatos Rojos, 2000*. Buenos Aires: La Bohemia, 2001; el resaltado es mío.

² Es la única manera, pero ¿de qué?

³ Pronombre personal (deíctico). Sus «accidentes» morfológicos son: persona: primera, número: *singular*.

EDGARDO DOBRY (Rosario, 1962)

Publicó *Tarde del cristal* (Buenos Aires: Último Reino, 1992), *Cinética* (Buenos Aires: Libros de Tierra Firme, 1999; Madrid: Dilema, 2004) y *El lago de los botes* (Barcelona: Lumen, 2005).

Il tramonto dell'Occidente

Que el tano tenía una cara
como de pelotudito
ella lo supo desde el día en que el ciber
chino adonde iba los domingos a chatear
estrenó la web cam. Pero eran *tan*
bonitos sus e-mails, ¿cómo no iba a
querer conocerlo? Era romano y ella,
desde Montevideo, soñaba en boliches,
discotecas, united colors de una larga
palestra para el shopping, su deporte rey.

Empezó a hablar de unos tíos italianos
que siempre había deseado
conocer. “¡Necesito saber de dónde
vengo!” le contaba con metafísico bizqueo
al Néstor. Quien, como novio vitalicio,
se hubiera merecido un esfuerzo mayor
en la *bugia*, pero esa era toda la cera
y “una divina como yo –le decía después
a sus amigas–, ¿cómo va a perderse
este giro de Italia?”

Qué duro trabajó ese año,
en cuántas profesiones paralelas
y la devaluación del peso la ponía,
como le dijo una vez su amiga Adela,
“entre la espalda y la pared”.

Pero llegó en otoño al fin la tarde
en que abrazó a la fiel Adela en la compuerta
de embarque de Carrasco: “Te escribo apenas
sepa algo” gritó cuando la manga
la abducía hacia el avión.

Cumplió: tres días más tarde
Adela recibió el primer mensaje romano:
“El tano no sólo tiene *in person* todavía
más cara de boludo: dice que *rifiuta il consumismo*,
ni siquiera tiene auto y la primera noche
me llevó... ¡a una sesión de yoga!”.

Mas la visita a las ruinas del Foro
no dejó de impresionarla: al volver al Uruguay
la oyeron hablar con vehemencia
del declive de Occidente.

[inédito]

Poema que dura un cigarrillo

Dicen que hay que morir dos veces
para escribir este segundo verso.
El que muerde una aceituna y siente
los nudos del olivo en el corazón del gusto.
El que ve su corazón en el ojo del aljibe.
El que pule una perla de menta, de mentira,
contra la lija de la glotis,
contra la llaga de la lengua.
El que toca en la nuez una madera
trabajada en el buril de insomnio.
El que ha llegado a un puerto de cansancio
y dice que no puede tironear su propia sombra
y se frota el empeine de un zapato
contra el calcañar del otro.
El que quiere colorear y calca.
El que busca en la fractura un pie
con melancólica intuición,
con la intuición como bujía sola.
El que ya murió una vez y busca
una segunda muerte para agonizar un metro:
ese que fuma para envolverse en humo.

[de *El lago de los botes*]

FABIÁN CASAS (Buenos Aires, 1965)

Publicó los libros de poemas *Otoño, poemas de desintoxicación y tristeza* (1985), *Tuca* (Libros de Tierra Firme, 1990), *El salmón* (Libros de Tierra Firme, 1996), *Pogo* (Deldiego, 1999), *Bueno, eso es todo* (Deldiego, 2001), *Oda* (Libros de tierra firme, 2004), *El spleen de Boedo* (Vox, 2004); y las obras narrativas *Ocio* (Libros de tierra firme, 2000), *El bosque pulenta* (Eloísa cartonera, 2004) y *Los Lemmings y otros* (Santiago Arcos Editor, 2005).

A mitad de la noche

Me levanto a mitad de la noche con mucha sed.
Mi viejo duerme, mis hermanos duermen.
Estoy desnudo en el medio del patio
y tengo la sensación de que las cosas no me reconocen.
Parece que detrás de mí nada hubiese concluido.
Pero estoy otra vez en el lugar donde nací.
El viaje del Salmón
en una época dura.
Pienso esto y abro la heladera:
un poco de luz desde las cosas
que se mantienen frías.

[de *El salmón*]

Mientras me lavo la cara

Darío, parado, grita y gesticula.
Bajo una frazada marrón
Daniel se ríe y habla de sus novias.
Están borrachos y los que gritan en la cocina,
como diputados, también.
Mi vieja, resucitada,
golpea las ventanas, pidiendo entrar.

Al amanecer, bajo una claridad despiadada;
cigarrillos, libros desperdigados,
platos con comida.
Camino, despacio, hasta el baño;
sé que la desgracia está sobre nosotros,
no ahora, tampoco el año próximo,
todavía somos jóvenes, pero eso
se pierde enseguida.
No tenemos nada, pienso,
mientras me lavo la cara,
ni un oficio, ni una herencia,
ni una casa de sólida piedra.

[inédito]

Despertarte

Despertarte a mitad de la noche
y ver en el otro lado de tu cama
a tu mujer llorando
es una experiencia importante.
Quiere decir, entre otras cosas,
que mientras paseabas por los cuartos
iluminados de tu cerebro algo se estaba gestando cerca
tuyo.
Un error con el cual mantenés una particular relación de
intimidad.
Porque aunque no firmemos nada,
ni corramos apurados bajo la lluvia de arroz
pensamos que es para toda la vida
y así seguimos.
Botes, que durante la noche,
quedan amarrados al muelle,
golpeándose entre sí,
según el viento.

[de *El salmón*, en *Zurdos*]

SILVIO MATTONI (Córdoba, 1969)

Publicó los libros de poemas *Trabajos de amor perdidos* (Último reino, 1992), *El bizantino* (Alción, 1994), *Tres poemas dramáticos* (Alción, 1995), *Sagitario* (Alción, 1998), *Canéforas* (Siesta, 2000), *El país de las larvas* (Paradiso, 2001), *Hilos* (Alción, 2002), *El paseo* (Eloísa, 2003) y *Poemas sentimentales* (Siesta, 2005), los ensayos *Koré* (Beatriz Viterbo, 2000) y *El cuenco de plata* (Interzona, 2003) y las tesis universitarias *El ensayo* (2001) y *Las formas del ensayo en la Argentina de los años 50* (2003).

bautismo

Si creyéramos en dioses, dirías
que la fluorescencia de los escorpiones
sólo les sirve para que los biólogos
puedan cazarlos en la noche oscura.
Pero aquí estamos sin ninguna fe
bajo el techo barroco de la iglesia
y hasta el oro envejecido se opaca
para confirmar la muerte. ¿Podrán
unas palabras apenas, en un punto
dichas, en este cuerpo que algún día
ya no estará, decir, salvar
la vida de la niñita que duerme
ahora que parodiamos viejos ritos?
Pero a ella no le importa lo que somos,
lo que no queremos, le alcanza y sobra
el sueño y la comida. El futuro
no nos pertenece, aunque a la nada
pidamos una hebra afirmativa,
un hilo rojo en el vestido blanco.
Si habláramos, con suerte te diría
que hay otra fluorescencia en la que creen
las niñitas impávidas, la luz
de Campanita que existe únicamente
por la fidelidad. ¿Cómo empezar
a olvidar que este cuerpo sin palabras
será de la vejez y del vacío?
Ay, hermano, la cola del alacrán
me atraviesa el plexo. Nunca veremos
su cara de abuela. Pero el fulgor
es uno solo, y el veneno del bicho
circula en las nervaduras del hada
como esa eternidad que no deseamos.

[de *Poemas sentimentales*]

estación

Aire amargo de invierno que llegaste
de repente y hacés arder el verde
que retrocede. Los átomos son blancos
y el frío no me deja decir más
que el frufrú tembloroso y palpitante
de mi cuerpo sentado. Ya pasé
la mitad del camino y es un caos
de líneas de un trineo que la nieve
tapa y el barro ensucia. Ni una hoja
limpia se salvará, tan sólo el tenue
sonido de los cascos de un caballo invisible
que sigo alimentando con savia artificial.
Aire amargo de invierno, te callaste
de pronto, despreocupado. ¿Será el tiempo
que se distrae, el árbol que se descuida
y pierde todo el follaje? ¿Qué perdí
enfriando el ritmo con la pura nada?
¿O alguien puede prever la primavera,
ácida y dulce, sin ideas de la muerte?

[de *El descuido*, inédito]

CECILIA PAVÓN (Mendoza, 1973)

Ha publicado: *¿Existe el amor a los animales?* (Siesta, 1999), *Un hotel con mi nombre* (del Diego, 2000), *Virgen* (Belleza y Felicidad, 2001) y *Caramelos de anís* (Belleza y Felicidad, 2004).

Para escribir estas líneas

Debo olvidarme por un momento
De la grandeza de la pasividad
-una especie de militancia para mí
mientras miro los rieles del tren
con las manos en los bolsillos del saco-

Para escribir estas líneas
Tengo que retirarme de la embriaguez
que son las palabras de los otros

Me gustaría ir de casa en casa
y solamente conversar,
ser una con los otros

¿Alguna vez viste a un ciego ebrio que busca
su camino hacia el baño en un bar?
Golpea a algunos con su bastón
el sonido se mezcla con la música
de canciones antiguas
como humo en los
ojos, y con los pasos de una mujer

Para escribir estas líneas debo cerrar los ojos,
y echar los hombros hacia atrás.

[inédito]

Es maravilloso gastar el dinero cuando lo ganas con facilidad. Como si fuera liviano, limpio, y como si estuvieras haciéndole un bien al género humano, estos veinte dólares que ahora salen de tu billetera pondrán en movimiento cientos de industrias. Desde ahora esa bufanda verde con hilos dorados viaja de la tienda a tu casa. El dinero hace que las cosas se muevan con magia por la ciudad. Cosas viajas en valijas. Lo único importante de viajar es traer cosas. Los recuerdos son ilusiones, las cosas, la única verdad que permanece a lo largo de los años, tiempo y dinero. Cuando te mueras lo harás en tu cama, rodeada de objetos bellos y significativos, ropa de diseñadores talentosos, o libros de fotografías con hojas pesadas. La ropa cara es la única que le viene bien al cuerpo. Los libros de los poetas jóvenes alemanes son hermosos y cuestan dinero, las mecedoras de haya son hermosas y cuestan dinero, las copas de cristal, los anillos de falso brillante, el champagne. Ah, el aire en los Alpes es como hecho de champagne! A esta altura, nadie debería trabajar y todos deberían gastar; ah los dólares alpinos!. Si sacaran todo el dinero de los bancos suizos se formarían montañas de francos suizos:

Quisiera tener una habitación llena de euros, desde el piso hasta el techo, entrar en la madrugada cuando está todo oscuro y pisarlos; tomaría un puñado sin mirar la cantidad y los pondría en los bolsillos de los invitados, dormiría sobre los euros como si durmiera sobre el heno de un establo. Protegida por la comunidad europea y sus monumentos.

[inédito]

KARINA MACCIÓ (Buenos Aires, 1974)

Publicó los libros de poemas *Pupilas Estrelladas* (Siesta, 1998), *Ferina* (La Bohemia Editorial, 2001), *Lestrygonia* (Aurelia Rivera Editorial, 2003), *Impresos en rojo* (Gog y Magog, 2006), fragmentos de *Diario de la Transformación*, *La Pérdida o La Perdida* y *Amarillo* en un libro-objeto acompañado de CD.

*

[...]

Entonces voy a sacarme los ojos

-éstos, como huevos vacíos, ya no me sirven-

Necesito yema, naranja y blanco

Necesito amarillo, móvil, acolchado

Necesito blando y resistente

Necesito OjOs

que vean más

más allá de lo que se supone que hay que ver

más allá de eso que desde mi pequeño círculo "está bien"

más allá de todos los que tienen posturas y actitudes y ropa

que quedan "bien"

en algún sentido

bien

y no se trata de lo "malo" (pero ¿qué decís? ¿qué querés? ¿querés romper tu casa incendiar un paraguas tirar una bomba pararte en la 9 de julio justo cuando el semáforo verde y los autos corran, vuelen hacia vos, y vos estés ahí, expectante, ávida, sonriente, irónica? ¿querés negarte, decir que no tenés sangre, ni padres ni hermanos ni esposo, y sos sola, y nada te importa?)

no

No

[...]

[de *Amarillo*, inédito]

*

[...]

Le habían dicho

-Está mal, así como estás

está mal, no ves que

tenés que salir

de este pozo

y solo es

el esposo

quien te puede

sacar-

Yo, Ella, pensábamos

que no entendíamos las palabras

que si la misma tiene

un **pozo**

no es posible

que no lo sea

sobre todo si además dice

que lo *es*
poso
pero hay una insistencia
un cantar maligno que penetrada
horada
cada hora
en el pozo.
Es el péndulo
en la cabeza
sin parar:
ho ra da
pincha el oído
se agazapa
como un gusano
lento y ciego
avanza
envenena
se pliega al cerebro y toma posesión
el gusano tiene
la consistencia
de vida
se amalgama
se esposa
se esposa
sé esposa
y así
con un vestido especial
alguien te ama
te amal
gama
eres
bambi rescatado
y es un final
technicolor
con animación
y todo.

[de *Pasionalis*, inédito]

GABRIELA BEJERMAN (Buenos Aires, 1973)

Publicó los libros de poemas *Alga* (Siesta, 1999), *Crin* (Belleza y felicidad, 2001), *Pendejo* (Eloísa Cartonera, 2003); las plaquetas *Concurso de tortas* (Belleza y felicidad, 2000) y *Sed* (Cencerro, 2004); y la novela *Presente perfecto* (Interzona, 2004).

Trapecistas entre botellas vacías

¿Quién habrá fortalecido los pliegues del silencio en la tarde que taja?
Rutas de cobre, caminos ácidos donde erra el yuyo

Viajo parada en una piedra que el tiempo no puede dañar
Ríe el pájaro
Es mi silencio de perro
fundido en el paisaje

La piedra es el monstruo sin la vida
es la flor de la retama vista por las raíces,
vista por el árbol.

El poeta hace carne con los cerros,
en su antigua voz de piedra
como campamentos va dejando palabras
ocultas entre las rocas calladas
en la invertida copa de sierras eléctricas
el vigor del relámpago
el grito del relámpago
viaja en su moto por el campo de rayos
el grito de la víbora
el grito del cactus quemado
y flotante en el silencio
el perfume del lechoso atardecer
que un ganso se come rápido

La frontera de la tarde se está evaporando
como polvo sobre el lomo de la montaña.

¡Tantas uvas caben en esta boca!
Dulces, diminutas,
que un muchacho lavó
para mí.

Hollejo y retama.

¿Alguien puede acompañarme mientras balbuceo dormida,
mientras sueño que el tiempo se abre para tragarnos,
que sólo somos trapecistas entre botellas vacías?

[inédito]

18° C

Hace dieciocho grados a las cuatro de la mañana.
La ciudad viaja en su taxi.
“El puente Golden Retriever.”
No sé por qué casi hago el amor sin desear.
En el remís hay música de Air Supply, muy romántica.
Pasan dos adolescentes deslizándose sin casco.
“Él se apuró para darme un beso más al partir.”
Me puso el corpiño y la bombacha como un experto torpe.
Fumamos, charlamos, nos juramos eterna amistad.
El colchón tenía partículas en vez de sábana.
El agua y la cerveza nos dictaban palabras.
Él me ofreció fruta tropical que rechacé.
Quería darme clases de sutileza.
Después me prometió un desayuno amoroso:
Café con leche, diarios y factura tibia.
Mientras hablaba palpaba.
Yo me resistía disimulando ante mí también.
Le di el gusto.
Fui egoísta.
Lo quiero.

[de *Crin*]

ANAHI MALLOL (La Plata, 1968)

Publicó *Postdata* (Siesta, 1998), *Polaroid* (plaqueta, Vox, 2000), *Polaroid*, (texto completo, Siesta, 2001), *Oleo sobre lienzo* (Chicas de Bolsillo/EDULP, 2004), y el libro de ensayos *El poema y su doble* (Editorial Simurg, 2003).

City Bay

Son tres las gaviotas
que se ven girar
sobre las cajas rojas
del puerto en la mañana
las cáscaras
naranjas
como la luz del sol
pero sin sus destellos
los repollos mojados y podridos
flotan
entre los tablones
astillados de la valla.
Las olas son verdes
reparten su espuma sucia
bajo la proa del ferry que
arrastrado por la marea
se desliza
resbala
hiende el agua
atraca
lento
en el embarcadero.
Los hombres y mujeres del muelle
se aprietan y aplastan
como manzanas
que cayeran
del saetín
a la prensa.
Una mañana
de inmigrantes
ilegales que llegan
a mezclarse
en una ciudad donde nadie
puede decir
yo soy de aquí
ésta
es mi lengua
madre.

[de *Polaroid*]

Iron & Glass & Garbage

Soy
un trozo
de fósil
de mamut
soy un monstruo
mecánico
transparente
y no quiero
nada.
Desnudo
resbalo
por sábanas arrasadas
de mafioso latino.
Jóvenes
adornadas sólo
con guirnaldas
rojas y amarillas
se mueven despacio
junto a mi cama.
Busco
la tensión cero
vivir en lo anodino
los días boca arriba
en la oscuridad
de un sueño perfecto
inalterable
diamante
persistir
en sales narcóticas
anestésicos
cristales de opio
de prismas rectos
e incoloros
permanecer
comprimido en lo indoloro
600 millones de años
como esa bacteria
vida latente
en sal gema
fiel a la forma
hasta en los mínimos detalles
como quien guarda
el deshecho de un recuerdo
de un deseo
en un relicario de ámbar.

[de *Polaroid*]

MARTÍN RODRÍGUEZ (Buenos Aires, 1978)

Publicó *Agua negra* (Siesta, 1998), *Natatorio* (Siesta, 2001), *El conejo* (Deldiego, 2001), *Lampiño* (Siesta, 2004), *Maternidad sardá* (Vox, 2005) y *Paniagua* (Gog y Magog, 2005).

Quiero

Que el último bebé que sueñes,
nazca sano, sutil,
con la ampolla de harina en la carne,
el pus de la harina en los ojos,

con el brillo de la mirada huérfana,

con el pan traído
bajo el brazo de un dios nuevo,

con la lana de oveja
al hombro,

con aura de buey.

Dice

*nacer fue agotador, todavía
estoy preñado
en la cara,
con las primeras arrugas,
habría que nacer envuelto
y que un claro del bosque
se abra una luz
legañososa
y que se encienda
la cacería, correr y atraparse
como a una mariposa...*

dice el niño, con un resentimiento bucólico, femenino,
en el fondo,

y corre a ocultarse hasta el llamado,
con su timbre y su aullido,
tapado por el trébol de su suerte,
con el sexo implícito, o casi imperceptible...

Los árboles

El árbol del sarampión brota.
En las hojas, el murmullo de un río.
Un niño en ese río
Se lava un lunar y no le sale.

El árbol de angina tiene baba,
el viento lo roza, y se cura fácil:
una inyección en la raíz.

El árbol de la vinchuca.
Pobre y oscuro.
Los gatos negros duermen en él.

El árbol de las primeras pérdidas,
podría ser un palo borracho,

los árboles alrededor de la maternidad.
Los árboles. Un sauce.

El árbol de la viruela, seco.
Pasan y lo orinan.

El árbol del empacho es un palo de escoba.
Un palo de hueso.

[de *Maternidad sardá*]

MARTÍN GAMBAROTTA (Buenos Aires, 1968)

Publicó *Punctum* (Libros de Tierra Firme, 1996), *Seudo* (Vox, 2000) y *Relapso+Angola* (Vox, 2005).

*

La paramédica que después de trabajar
vuelve a su casa y lo primero
que hace con el uniforme verde agua
o blanco cisne sucio todavía puesto
es prender el equipo de música para
escucharlo croar mientras fuma
mirando el fenecer del día por la ventana
merece que le saquen la corona, merece
que le pongan la corona, merece croar
por la corona: con el uniforme todavía puesto
le sacaría la corona, le pondría la corona, le daría
consejos al oído para que en las arenas
de su mundo croe pidiendo
croe rechazando, croe con la corona puesta.

O el radiólogo

que después de manejar horas una máquina
de rayos equis detrás de un pared de plomo
todo el día, trunk, radiografiando cráneos
rótulas, fémures, trunk, un tórax, trunk
se sienta a fumar con una compañera
en la entrada de la clínica y también
croa por lo bajo su testamento específico
para que venga alguien bueno a ponerle
la corona, para que venga alguien muy
pero muy bueno a sacarle la corona
dos veces perdida, tres veces ganada
por todos en nombre de uno por uno
en nombre de todos.

[inédito]

*

Tanta cámara preanuncia la muerte de la foto
fotos sacadas a quemarropa en un lugar llamado
Alaska que no es el territorio llamado Alaska pero
tiene una iluminación alaskense que encandila
cerca de la verdadera Alaska la nieve fosforecía
de noche; en esa luz lunar dada por el cielo al hielo
y por el hielo devuelta en un acto reflexivo al cielo
fumábamos con Níjenson que no quería ser
infiel y hablaba de irse a vivir a un lado
tan frío como el monte de pinos
en el que estábamos.

[inédito]

*

Se puede llegar haciendo o se puede llegar haciendo lo contrario
ser un ficus fuera de toda fina frecuencia filial
cuando el día comienza a perder brillo dando a entender
que lo único cierto es lugar, hora, fecha
y aún eso es un interrogante para algunos: la canción violeta
que lo hizo aguar el tequila y tomarlo despacio en segunda persona
no la silla contradictoria sino el acto de sentarse; el peso
del machete en su mano a pesar de no tener machete alguno
en la mano.

[de *Relapso+Angola*]

VERÓNICA VIOLA FISHER (Buenos Aires, 1974)

Publicó *Hacer sapito* (Nusud, 1995// Gog y magog, 2005), *A boca de jarro* (Ediciones a secas, 2003) y *Arveja negra* (Vox, 2005).

*

En un cajón lleno de uvas
pude ver unidos tus ojos al racimo.
Comprar la carne de esa fruta
pagar el precio.

Cierro los ojos y abiertos
los tuyos en mi boca,
¿qué ves dentro de mí?
quise decir y recordé:
*cuando uno digiere transforma
cuando muere, destroza.*

*

Sobrevivo
porque no soy tan importante
como para darme el lujo
de desaparecer
porque soy más fuerte.

Bajo el pecho resiste
ese músculo erógeno
ningún alcohol
puede volverlo azúcar
porque no se estaciona.

Presiono el botón de la izquierda
coraza: on
y se abren los pétalos
como las páginas de un libro en blanco.

*

Esa parte de tu cuerpo
no quiero que la dejes
salir a la luz ni que la mates

mantenerla escondida
espirla a través de tu ombligo
es lo que me gusta

como ocultar en la sonrisa
el hueco de un canino así
esa parte que otras personas
dejan ver como en una demostración

empírica en tu cuerpo es una leyenda
quizá más poderosa, aún.

Me pregunto si la sangre
que cada veintiocho días sale al mundo
es un llanto oscuro de esa parte y no sé
si soy igual a vos
en la espesura de mi vientre.

[de *A boca de jarro*]